

# Un réquiem europeo

VOCES / LITERATURA

Nuestro fondo editorial en [www.paginasdeespuma.com](http://www.paginasdeespuma.com)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Javier Sáez de Ibarra, *Un réquiem europeo*  
Primera edición: febrero de 2024

ISBN: 978-84-8393-345-9  
Depósito legal: M-35047-2023  
IBIC: FYB

© Javier Sáez de Ibarra, 2024  
© De la fotografía de cubierta: Viviana Paletta, 2024  
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2024

Editorial Páginas de Espuma  
Madera 3, 1.º izquierda  
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51  
Correo electrónico: [info@paginasdeespuma.com](mailto:info@paginasdeespuma.com)

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

Javier Sáez de Ibarra

Un réquiem europeo





## PARTITURA

[ <i>Una mujer camina sola...</i> ]	9
I. INTROITO. Otros y yo	13
[Una mujer de unos setenta años...]	13
[Salva suelta el bolígrafo...]	16
[Íbamos muchos a la parroquia Cristo Redentor...].	19
[Como estaba enfadado, furioso más bien...]	22
[Por la herencia de mi madre...]	27
[En la madrugada se atravesó...]	30
[Mi hija se había separado...]	33
II. KYRIE. Los condenados	37
III. GLORIA. La máquina sagrada	47
IV. ALELUYA. Los jóvenes	73
V. CREDO. Cristo y el Nazareno	83
VI. SEQUENTIA. No descansan	95
<i>Dies irae</i> . Caída y levitación	95
<i>Tuba mirum</i> . Un sonido admirable	97
<i>Rex tremendae</i> . El tiempo	105
<i>Recordare</i> . Recuerda la música	116
<i>Ingemisco</i> . Muere una europea	123
<i>Confutatis</i> . La Moraleja	134
<i>Lacrimosa</i> . Pleberio	145
VII. OFERTORIO. La gota	149
VIII. SANTO. Cuento sobre el destino	161
IX. AGNUS DEI. La carne humana	177
X. COMMUNIO. Los tesoros	193
XI. BENDICIÓN. Eva. Cuatro momentos	205



*Una mujer camina sola por entre las dos hileras de árboles de la alameda; lleva una gabardina, el pelo recogido, un rostro que denota inquietud, deseo, necesidad.*

*Ahora se la ve desde atrás, dirigiéndose a un parque a las afueras de la ciudad que circunda un alto enrejado.*

*Se detiene ante la ventanilla de una cabina donde se paga la entrada y tras la que no se distingue a nadie. Guarda el billete y traspone la cancela.*

*Mientras se adentra por el sendero, en su rostro se ha mitigado la inquietud, aunque no el deseo ni la necesidad. El viento del otoño a su alrededor levanta polvo y hojas caídas, no llega a hacer frío. Los colores son verdes oscuros, pardos, el negro de los troncos de los árboles, el clarear de la tierra en el suelo. Suenan sus pasos en el silencio, las ramas que se agitan, el chillido de algún pájaro. Recorre una centena de metros y, de vez en cuando, busca alguna presencia a ambos lados. Pero no hay nadie.*

*Continúa su paseo. Hasta que, casi cuando se le echa encima, descubre a un hombre acucillado al pie de lo que podría ser un ciprés. No llega a asustarse, se sorprende. Se detiene y espera. El hombre, sin incorporarse, le dice algo en voz muy baja.*

*Ella lo mira atenta, como para descifrar el significado de esas palabras.*

*El hombre esboza una sonrisa que apenas modifica su rostro. Se mueve un poco sin cambiar de sitio, la postura debía de cansarle. Y sube la voz.*

*«Hay muchas otras cosas más». Y después: «Aquí no puede entrar nadie que no sepa leer. No es conveniente».*

*«Todo el mundo sabe leer», se apresura a responderle ella. Y se queda observando al hombre, que ya ha terminado de hablar.*

*Ninguno añade nada.*

*Reemprende el camino; suenan sus pasos de nuevo, se escucha el piar de un ave, algún aleteo, una bolsa abandonada que se arrastra hasta la arena de los laterales. Más fuerte, el arremeter del aire contra las ramas, las ramitas, las hojas que no dejan de agitarse. A lo mejor se ha endurecido su rostro, una hebra de su cabello lo cruza un momento, se lo recoge.*

*Va a entrar en una plazoleta. A la derecha se levanta un gran vaso de piedra con la figura de una esfinge alada, a la izquierda un templete cuyas columnas forman un semicírculo y el arquite que las une sin cubierta. Ahí mismo se detiene. Todo parece un decorado colocado intencionadamente para ella. Delante el espacio abierto de la plaza; al fondo, pero a varios metros de distancia, se diría que continuará el sendero.*

*Contempla el lugar tomándose su tiempo, sus ojos barren la realidad de un lado al otro con lentitud, de izquierda a derecha. Y luego otra vez lo mismo, en sentido contrario. Observa lo que hay delante, el camino disponible del que la separa ese claro. Su rostro es serio, tenso por la concentración. Quizá transcurran de esa manera uno o dos minutos. O tres, o cinco. La mujer baja la mirada. O diez, o doce. El espacio vacío ante ella se ha ido ensanchando.*

*Sin que nada lo anticipe, comienza a agitarse. La sacude un escalofrío, varios temblores. Ahora respira con relativa dificultad. Sufre, no hay duda, un mareo. Se toca la frente, palidece. Opta por caminar unos pasos hacia su derecha, adonde se halla el gran recipiente en el que se acumula el agua de las últimas lluvias que se adivina, más bien, bajo una superficie tejida de hojas amarillas, marrones, negras. La mujer llega hasta la estatua de piedra y se apoya en su base. Vuelve a mirar hacia la plaza abierta. Ha cesado el viento por completo y el tiempo hace rato que se ha detenido.*

*Algo la obliga a agacharse, se diría que un dolor le ataca el vientre. Gime. Se dobla sobre sí y sus rodillas casi tocan la tierra. La vemos inmovilizada en ese lugar cuando se aprecia de forma ostensible una transición. Su imagen va adelgazándose, como si una fuerza la consumiera con rapidez, toda ella pierde volumen, se ha ido convirtiendo en una lámina delgada, de mínimo espesor. Uno de sus brazos insiste todavía en agarrarse a la esfinge. En ella se sostiene mientras, sin que nadie pueda evitarlo, las manchas de color que ya son su cuerpo tiemblan, se difuminan y desaparecen.*